

Hay un poeta de extraordinario peso en la interpretación poética escurialense que además vivió durante años en el Real Monasterio y en el Real Colegio Universitario “María Cristina”; me refiero a **Octavio Uña Juárez**¹⁵⁷ (1945) que dedica en sus libros gran parte de sus composiciones a El Escorial. Es muy significativa la alusión de Ángel García López a la figura poética y escurialense de Octavio: “Con este escaso tiempo de frecuentar su conversación y su poesía he sido ya en sospecha de este prado suyo, de flores bien poblado como en el texto de Berceo, donde la vida refleja en su historia la ocupación mayor de andar entre los códices de la rugosa piel de Guadarrama, de contemplar pináculos y torres, cantorales y músicas lejanas y otear ese paisaje eterno que es de granito y lineal y tiene ventanas, chimeneas y un tejado de plomo y una carne translúcida. Octavio es una historia para aprender, para envidiar.”¹⁵⁸ El lirismo de su poesía escurialense no se hace encarnación, sino que se palpa, a compás de días y estaciones, desde dentro. La piedra es para él la casa del hombre, morada de sus amores y sus ansias. Ella lo configura. Ella dirige su querer y enmarca su horizonte. Es una pedagoga piedra. Es al vivir lo que la luz a los ojos, andadura necesaria. La contemplación de la piedra no será espasmo ante el exotismo. Será éxtasis. Será vivencia. Será una traducida presencia del diario agitarse. Así la sintió el poeta Octavio Uña al ser un morador escurialense durante algunos años. La mayoría de sus poesías fueron recogidas bajo el título Cantos de El Escorial en 1987¹⁵⁹. Libro de versos de varia escurialensia de quien tan intensamente sintió los latidos del inmenso corazón granítico. Estas composiciones se quieren y se afirman como cantos y cánticos, como un “confieso que he vivido”. Vivencia e intuición que nos reafirman en nuestro atenuamiento a El Escorial desde el discurso racional: ni ética, ni política, sólo estética la última y resolutoria verdad de El Escorial.¹⁶⁰ El Monasterio es para él una obsesión, un sueño, una magnífica locura.

“Si de Abantos rodara una noche la luna,
si sangraran los sueños de la dicha una noche,
¿mirarán hacia dónde, Escorial, siete torres
de tu barco las velas?
Que te vi a la deriva en las noches sin luna.”¹⁶¹

Como es natural la lírica no descubre la honda totalidad de sus secretos. Si la vida es el centro del cantar lírico, siempre vio en esta piedra la pesadumbre, el frío apolinismo de la muerte. Se cantan así los perfiles de su entorno. El Escorial es, no lo olvidemos, un gran cementerio en sus cimientos. Conocedor de esto el autor dedica un poema titulado Funeral a esta gran sepultura granítica. En él aparece el tono de réquiem, la melopea tenebrosa del que canta más allá, lo que hay detrás, en ese espacio sereno, con sabor a retama y grisazul, donde la primavera se enfrenta con la nada:

“Este rey que hoy entierran, baja a un reino
de mármoles y bronce y apacienta
mesnadas de humedad, salitre y ecos.
No sé si de él habrá sazón como del vino,
si la ceniza lleve
infundió contra el tiempo (...).

Su majestad, tan grave, ya bosteza. Rechazaban
 los bronce tal exceso en humo.
 Incienso en artificio como bosque asciende.
 Nadie sabe si el mártir San Lorenzo
 tuéstase nuevamente, si Leoni hermanos
 arman los fuegos al rigor, pirometrizan.
 (Doce gradas, más doce candelabros, doce codos
 de olor grueso en el aire).
 Su majestad bosteza, contusiónase.
 Su majestad soslaya pebeteros, alejado
 del suelo tan común de los mortales.
 Deán y turifer fray Eduardo Pablo Zaragüeta
 rige la latitud,
 órdenes da a la esencia en su dominio.
 Zúccaro mira,
 el gran Jacometrezzo atúrdese.
 Quironomiza el gran deán: una, dos, tres,
 ¡son majestades! Y odorífero
 el reino.
 Humo sobre humo y en pavesas gloria.
 -Libera me, Domine.
 Nunca resurrección. Florece el túmulo
 plata en la seda negramente.
 -Domine, Domine, de morte...
 Sabe el granito vanidad, mas él perdura.
 Quiérese el tiempo en espiral. Cierra la tarde
 lento y final un ángel triste.”¹⁶²

El Escorial es para Octavio un antes y un después en la vida. Canta envenenado
 de su miel antigua lo que siente al verse inmerso en su gigantesca vida interior:

“Piedra en tu frente y en tus plantas piedra,
 sueño en tu claustro y en tu coro sueño
 torres tus brazos y mármoles tu pecho,
 duerme, Escorial, la sombra del recuerdo.

Al amor de tu fuego dieron piedra,
 a la luz de tus soles dieron sueño.
 Han dormido tu carne en tu esqueleto,
 ¡piedra a tus días sin piedad le dieron!

¿Resucitar? Jamás ni por Castilla,
 que es jurar por la vida de los muertos.
 Nunca el aire torcieron los imperios.

Y aunque el agua serene tus pesares
 no encenderás la llama de tus huesos,
 mudas tus lonjas, tus pinares viejos.”¹⁶³

Sus versos incluso imploran a las sensaciones naturales, golpean lunas y sueñan para que El Escorial se salve del peso de su historia:

“Lunas te salven, Escorial, de tan profunda
noche
triste.
Lunas y sueños.
Lunas te salven, Escorial, del páramo de cera,
miércoles
santo de ceniza y lloro.
Lunas y sueños.
Lunas te salven, Escorial,
lunas y sueños.”¹⁶⁴

Las obras artísticas del Monasterio son también cantadas por el poeta. El Cristo de Cellini es una de ellas y es vista de la siguiente manera:

“El Cristo de Cellini, espectador, mueve los labios,
dice su mármol en cristal, descrucifica
tedios, mundo
perniquebrado y ulceral,
viejo quejido.
Un Cristo sin cristazos, dulcemente, anuncia
dicha en la piedra blanca, contramuerte,
ríe, cuenta sus sueños.
No reza el Cristo de Cellini: aceites, velas,
ojos de alcuza, mil cerillos lucen
hacia el amor, nunca ceniza.
Mirad y ved, los que pasáis,
la mirra y áloe de su voz.
(Fue Viernes Santo acaso un viaje
triste sin signo y son).
Ungid de Pascua vuestros pasos, digo.
¡Oh mármol de metáfora y canción!”¹⁶⁵

El Escorial es una metonimia de Castilla para Octavio Uña. Lo defiende a ultranza contra cualquier interpretación o leyenda negra que se atreva a desvirtuarlo. Es entonces cuando el verso del poeta se agita de pasión y resulta contundente. Brama y se apacigua, se embravece y se serena, ora et labora, ensalma y entreteje esta salvaje melodía:

“Escoria serán ellos, Escorial,
escoria y asco advenedizo hacia tu grave nombre.
Tú fueras oro o piedra tan preciosa,
la luz dorada en la pasión del genio,
sublime eternidad de un canto y signo.
Que nunca tú, Escorial, que nunca, escoria.
Te tratan, Escorial, como bastardos, burdos, tercios,
calañas mil, horteras, labradores
de fárragos, gentuzas, ¡bien poblada escoria!,
tal vez hijos de nada y putamerda.

Que nunca tú, Escorial, a quien pusiera
de pie y en viento iluminado
la voz, el don irrepetible a los ingenios.
También dijeron eras
desgracia más de un rey ambiguo triste.
Que no. Que no supieron ver ni en tus entrañas de amplia muerte
miliar grandeza.
(La envidia trajo el gran erial a España y perpetúa
tenaz llaga y condena).
Escorias digo mil y Dios los pudra.
Que brilles siempre tú, Escorial, siempre tu nombre,
tu nombre y heredad, Castilla en piedra.”¹⁶⁶

Octavio reclama siempre la presencia escurialense. Vive, ama y siente El Escorial como algo personal. Necesita luz, necesita esperanza:

“Cuando un verso se muere y se me extraña
una vieja canción de la alegría
vengo a invocar a tu secreta magia,
fachada de Escorial al mediodía.

Dame la luz que mide mil ventanas,
la poblada lección de la armonía,
aquella que alumbrara a las Españas
por caminos de tierra prometida.

Escorial de la frente pensativa,
¿los secretos poderes de tus plantas
ya no esculpen mi nueva artesanía?

Mira mi voz, que muda en la garganta
apuesta por la flor de más de un día:
sé torre de marfil a mi esperanza.”¹⁶⁷

Tiene siempre palabras de nostalgia para su Escorial sepulcral y, a veces, triste:

“Va subiendo, pie firme, el Panteón.
Que así llamaron
a esta oscura ciudad
y gran bodega
de muertos.
Fueron reyes, que no divinidades.
Fueron tan sólo muertos.
Llega viciando el día a esta cornisa,
donde pone la tarde sus espejos
a la voz de Giordano.
Pesadumbre.
Todo el aire cayó ya en su dominio.
Nadie

vence este osario amontonado.
Todos, habitantes del muro,
beben náusea.
Luchador ya no tiene esta gran muerte,
ni exorcismo.
Quedan
lentos suspiros de oración.
Sin cantos misereres.
Viejos aljibes, ecos sin hisopo.
Velas suplen al sol contra la sombra.
Piedra,
qué tiempo funeral, qué eternidad de lutos, qué
cerco a la ceniza.”¹⁶⁸

Y es recuente en hablar del Panteón como idea de eternidad, donde el tiempo es permanente:

“Este rey que hoy entierran baja a un reino
de mármoles y bronce y apacienta
mesnadas de humedad, salitre y ecos.
No sé si de él habrá sazón como del vino,
si la ceniza lleve
infundio contra el tiempo.
Esta mansión de tristes a la piedra,
¿verá resurrección o sólo aquel lentísimo
sueño de nube o muerte sin fisura?
Suenan un sufragio y árboles de cera
tornan humo la sombra, mas no rompe
la voz marfiles de orfandad:
‘Y que florezcan
algún día tus huesos’.
Pasan de nuevo murciélagos su viaje,
vivo un dolor y oigo
macilenta la noche.”¹⁶⁹

Pero en el fondo, la poesía octaviana escurialense goza de matices alegres y positivos que se sintonizan en esta composición desde el recuerdo:

“Yo tuve un día un amor,
al ojo dicha y milagro:
de vivo viento su giro
y estrella en cuatro costados.
De plata y verde nogal
tuvo mi viaje su barco.
Un sueño sube a las torres:
sangra el sol y se va el mundo
de perfil, ángel y blanco.
Yo tuve un día un amor,
al ojo dicha y milagro.
Memoria: gozo de ser

un tiempo antiguo, cercano.
¡Tiene el jardín de los Frailes
siempre diecisiete años!
De plata y verde nogal
tuvo mi viaje su barco.
Cuatro deseos, un grito
de aromas sobre la luz:
en mar de abril, Escorial,
cautivo y enamorado.
Yo tuve un día un amor,
al ojo dicha y milagro.”¹⁷⁰

En definitiva endecasílabos, octosílabos, pies quebrados, rimas blancas, lúdico ajeteo, para decir, en clave lírica, lo que Quevedo hubiese escrito en consigna trágica y erótica, lo que repetiría Gracián en tono compacto y engañoso. Profundidad es lo que se siente al leer los versos de Octavio Uña y un escalofrío en los adentros. El autor se duele y nos duele, y la investigación de su palabra, la hostigación de su fuerza nos acerca a ese horizonte espléndido y austero, en el que el hombre se reencuentra, para hablar con decisión de su destino.

¹⁵⁷ Recuerdo a Octavio con el que coincidí en el Monasterio y en la Universidad “María Cristina”. Autor de gran formación teológica y filosófica. Gozaba de un gran don en el uso de la palabra. Su poesía sobre el monumento es contemplativa y lee en las fuentes de la historia, del arte y de la literatura escurialense. La gran ventaja de este autor es que bucea en el inmenso océano escurialense sumergiéndose en sus simas y desarrollando una interpretación onírica del mismo. Es un meditador embebido y un místico de la piedra; su diario se escribe con la sangre misma de las doradas piedras escurialenses. La obra poética de Octavio Uña constituye un caso singular en el panorama literario español. Mientras los poetas de su generación caminaron hacia modelos poéticos extranjeros (Pessoa y Kavafis entre otros), Octavio mantuvo viva su lealtad a los poetas patrios, lo que no significa desdén ni olvido por escritores de fuera. Mantiene una poesía más meditativa de la razón que del sentimiento, próxima a maestros como fray Luis de León o Jorge Guillén. Hacer un estudio de su obra poética supone esfuerzo y reflexión. Desde Escritura en el agua que aparece en 1976, hasta Usura en la Memoria, pasando por Edades de la Tierra y también Antemural, la obra de Octavio ha utilizado con elegancia la función poética que debe tener todo mensaje literario.

¹⁵⁸ Cf, GARCÍA LÓPEZ, Ángel, “Presentación” del libro de Octavio Uña, Edades de la Tierra, en la

Sociedad General de Autores Españoles, Madrid, 1977.

¹⁵⁹ UÑA JUÁREZ, Octavio, Cantos de El Escorial, Salamanca, E.D.E.S., 1987. El libro consta de dos

partes. Un prenotando del autor cuenta la estructura y los motivos de cómo nació este libro de poemas.

¹⁶⁰ Cf, ibíd., “Prenotando”, p.11.

¹⁶¹ Ibíd., “Si de Abantos rodara una noche la luna”, p.47.

¹⁶² Ibíd., “Funeral”, p.73.

¹⁶³ Ibíd., “Piedra en tu frente y en tus plantas piedra”, p.18.

¹⁶⁴ Ibíd., “Lunas te salven, Escorial”, p.80.

¹⁶⁵ Ibíd., “Cristo de Cellini”, p.91.

¹⁶⁶ Ibíd., “Escorias”, p.70.

¹⁶⁷ Ibíd., “Cuando un verso se muere y se me extraña”, p.21.

¹⁶⁸ Ibíd., “Va subiendo, pie firme, el Panteón”, p.41.

¹⁶⁹ Ibíd., “Panteón”, p.77.

¹⁷⁰ Ibíd., “Gozos de la fachada del mediodía”, p.102.